

## VISTO Y OIDO ★ Pasa por el fuego sin quemarse ★ por PREMIANI

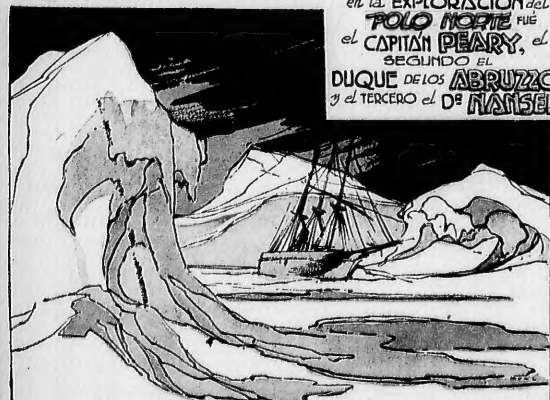


La **SALAMANDRA**  
ACUMULA AGUA  
en su cuerpo y  
CUANDO HACE CALOR  
SE DA UNA DUCHA  
por los poros.  
DE AQUI QUE PUEDE  
VIVIR un TIEMPO en  
el FUEGO.

En **HOLANDA** SE  
CULTIVAN  
**TULIPANES**  
**NEGROS.**



El **HOMBRE** que MAS AVANZO  
en la EXPLORACION del  
**POLO NOROCCIDENTAL**  
FUE  
el **CAPITAN PEARLY**, el  
SEGUNDO EL  
**DUQUE DE LOS ABRUZZOS**  
y el TERCERO el **Dº NANSEN**.



El **GRAN CONSEJO** DE LOS **TUDORES** de  
INGLATERRA SE REDUJO DURANTE el REINADO de-  
**GUILLERMO DE ORANGE**  
a un PEQUEÑO CONSEJO PRIVADO que  
SE REUNIA en un GABINETE del PALACIO  
REAL. DE AHI el NOMBRE de **GABINETE**  
QUE SE DA, AUN en las  
REPUBLICAS al  
CONSEJO de MINISTROS.



PERIONE

Una **ESTATUA GRIEGA** EMPLANTADA en el SIGLO XVI  
en la **CALLE ROMANA PERIONE**, FRENTE a la **CASA**  
del **MAESTRO PASQUINO**, SIEMPRE de PUNTO de REUNION  
de **CLERIGOS** y de **DEPOSITO** de **VERSOS SATIRICOS**,  
en su MAYOR PARTE DE **ESTUDIANTES**. De AHI PROVIENE  
el NOMBRE de los **PASQUINES**. LUEGO SE  
COLOCO CERCA otra **ESTATUA**, la de **MARFORIO**,  
que **PERSONIFICABA** un **RIO**,  
y DESDE ESA COMENSAaban  
OTROS **VERSOS** a los  
de **PASQUINO**.



MARFORIO

### Ilustración de l'arpagnoli

# Museo de la Confusión

blar a una determinada persona en un idioma que no conocen todos los presentes es una gran falta, pero lo es todavía mayor el emplear frases o palabras misteriosas, especie de clave con que los pedantes y los mal educados se reconocen y entienden.

Desde todo punto de vista resulta inadecuado presentarse de visita en una casa e iniciar una conversación en forma de clave

Desde todo punto de vista resulta inadecuado presentarse de visita en una casa e iniciar una conversación en forma de clave

conferencia en forma de clavo o de bastones; murir a los presentes con cargosas preguntas cuneiformes; contar anécdotas utilizando el alfabeto Morse o destruir los muros del

living-room con inscripciones paleolíticas referentes al caso. Lamentable resulta también el uso de palabras y frases como Abracadabra, Sésamo ábrete, Ecce homo, ¿Quo vadis?, y de

peor efecto aun si son dirigidas con preferencia a la menor de las hijas solteras o a la muca-ma de adentro. Evítese en lo posible, asimismo, el abuso de misteriosas cacofonías como

Malmierca Cané y fascímiles,  
sólo frecuentadas por algunos  
pedantes mal educados.

Libros Recibidos  
Benjamín E. del Castillo.—  
"América".—(Las tribulacio-

ido en correcta fricción hacia el edificio del Cabildo. A su frente el pueblo ha visto con placer las juveniles figuras de ideas avanzadas a quien Atzaga había dado tórmento en otra ocasión, en averiguación de un supuesto atentado terrorífico. El

ESTO PESA MÁS ME HA YO TENGO RECUERDAS SI V. LOS ÁRBOLES



CE 2	
------	--



UD.	154
-----	-----



### ILUSTRACION DE RECHAIN

gráficamente, tal lo que ha-  
bía realizado la ciencia para  
salvar la dentadura de ese hom-  
bre joven, fuerte, simpático,  
que a los veintiocho años se  
hubiera quedado sin poder en-  
carnar más que como un niño o  
un anciano. A medida que se pu-  
siese una dentadura postiza, se

CRÍTICA REVISTA MULTICOLOR — Mayor circulación sudamericana — Buenos Aires, enero 13 de 1934

# La acusadora Falta de Rastros

por E. VILLALBA WELSH

ILUSTRACIONES DE RECHAIN

El oficio de policía — comentó el inspector Albin — es una profesión para personas con mucha paciencia; una de ellas que la ocasión para recordar a un humilde me-  
ritore en ocasión de un suceso que aconteció el año pasado. Ahora que estoy entre colegas, a la oportunidad para recordar a un humilde me-  
ritore en ocasión de un suceso que aconteció el año pasado.

Como les digo, hace un año de esto, fuimos llamados por teléfono desde la casa de departamento de la Avenida Tardif, por una mujer que me dijo que grave había pasado en la habitación de uno de los inquilinos.

En la noche de la noche me trasladé en mi auto acompañado del meritorio Fernández. La casa de la Avenida Tardif, por una mujer que me dijo que grave había pasado en la habitación de uno de los inquilinos.

No recibí la encargada, acompañada de dos o tres inquilinos que parecían ser de la habitación 128 del quinto piso, se había ido un tiempo y, aunque yo estaba en la ventana, nadie respondía del interior y la puerta hallábase cerrada con llave por dentro.

— ¿Tiene usted otra llave? — le pregunté a la encargada.

— Sí señor — respondió — pero es que está la llave puesta.

Con un simple maniobra empujé la llave que estaba dentro de la cerradura, la cual giró y abrí con la otra. La habitación estaba iluminada, y al entrar, me di cuenta de que había un hombre con una silla en la cabeza. Un caso de suicidio — pensé yo.

Buscé el arma. Apareció bajo la mesa: era una pistola calibre 45. Le indiqué a Fernández la pistola con un pañuelo, por si habían huellas digitales. Me acerqué a la ventana; estaba abierta, pero hubiera sido imposible que alguien llegara a ella, a no ser por medio de una escalera, visible desde la calle, en todo caso. La pared era lisa, sin molduras, lo cual descartaba que una persona hubiera podido escalarla.

Desde una ventana, se veía nada, casi en ángulo oblicuo, la otra sala del edificio, con todos sus pisos iluminados, y los vecinos asomados curiosamente y riendo sus teorías personales sobre el suceso.

Llamé a los inquilinos que habitaban cuartos contiguos al de la tragedia. Eran los que ocupaban las habitaciones 127 y 129, y el 128 que quedaba en frente. El señor que vivía en la pieza 129 había salido temprano — mucho antes de haberse oído la detonación — y aun no ha-

ba regresado. El del 127, era un hombre joven y bien mozo.

— ¿Su nombre? — inquirí.

— Ernesto Gauguin.

— ¿Qué sabe usted de su vecino?

— Sí — contestó sin titubear. Sin llegar a ser amigos, tenía cierta relación con él. Veía a veces el nombre del presunto suicida — era una persona al-

terista. [Absolutamente] — Interrumpí. — ¿Vivía en una excelente habitación y completamente normal, no como muchos que yo conozco?

— Gauguin no su inmutó por el desmentido ni por la alusión que parecía encerrar el final de la frase. Me hizo un gesto, como diciendo: "¡Míet me entiendo!" y prosiguió:

— Leía mucho y le causaban gran impresión sus lecturas. No me extraña que se haya suicidado, porque muchas veces en conversaciones, decía, con acento convencido que creía con André Gide, que suicidarse por exceso de idealismo era la única forma de comprender el suicidio.

El médico de policía, llamado por Fernández, recabó en ese momento, por lo que debí suspender las declaraciones.

El doctor Cloud nos indicó la novedad de que Verrás había muerto instantáneamente, por tratarse de una herida mortal. Gauguin en que al momento se trataba de un suicidio, pero aconsejó la autopsia.

La muerte debía haberse producido hacia apenas una hora, es decir a eso de las 8.30 de la noche.

Terminada su misión, el doctor Cloud partió, y yo proseguí mis preguntas:

— ¿Desde cuándo conoció a Verrás?

— Desde hace un año, cuando me vine a vivir aquí.

— ¿Uy, oyó el disparo?

— Con toda claridad.

— ¿Oyó ruidos, voces, algo...?

— No me parece, porque inmediatamente de la detonación, me quedé helado, como si me estuviera quemando por dentro.

— ¿Qué hizo Ud., entonces?

— Me llamó, claro está, la

atención, y me quedé un momento tratando de dar con su origen, hasta que llamaron a mi puerta.

— ¿Quién llamó a su puerta?

— Yo, señor — dijo una mujer, de rostro agradable, y bien vestida.

— ¿Qué quería?

— Soy la que vive en el 128, enfrente de la pieza del señor Verrás. Yo sé al disparo, y creo que era en la pieza de Gauguin.

— ¿Gauguin llamó? — le pregunté.

— No, señor. Él me abrió diciendo que también lo había oído. En eso llegaron otros vecinos, y en vista de que el 128 no contestaba, la encargada los llamó a todos.

— ¿Gauguin no estaba en la habitación?

— No, señor. Él me abrió diciendo que también lo había oído. En eso llegaron otros vecinos, y en vista de que el 128 no contestaba, la encargada los llamó a todos.

— ¿Gauguin no estaba en la habitación?

— No, señor. Él me abrió diciendo que también lo había oído. En eso llegaron otros vecinos, y en vista de que el 128 no contestaba, la encargada los llamó a todos.

— ¿Gauguin no estaba en la habitación?

— No, señor. Él me abrió diciendo que también lo había oído. En eso llegaron otros vecinos, y en vista de que el 128 no contestaba, la encargada los llamó a todos.

— ¿Gauguin no estaba en la habitación?

— No, señor. Él me abrió diciendo que también lo había oído. En eso llegaron otros vecinos, y en vista de que el 128 no contestaba, la encargada los llamó a todos.

— ¿Gauguin no estaba en la habitación?

— No, señor. Él me abrió diciendo que también lo había oído. En eso llegaron otros vecinos, y en vista de que el 128 no contestaba, la encargada los llamó a todos.

— ¿Gauguin no estaba en la habitación?

— No, señor. Él me abrió diciendo que también lo había oído. En eso llegaron otros vecinos, y en vista de que el 128 no contestaba, la encargada los llamó a todos.

— ¿Gauguin no estaba en la habitación?

— No, señor. Él me abrió diciendo que también lo había oído. En eso llegaron otros vecinos, y en vista de que el 128 no contestaba, la encargada los llamó a todos.

— ¿Gauguin no estaba en la habitación?

— No, señor. Él me abrió diciendo que también lo había oído. En eso llegaron otros vecinos, y en vista de que el 128 no contestaba, la encargada los llamó a todos.

— ¿Gauguin no estaba en la habitación?

— No, señor. Él me abrió diciendo que también lo había oído. En eso llegaron otros vecinos, y en vista de que el 128 no contestaba, la encargada los llamó a todos.

— ¿Gauguin no estaba en la habitación?

— No, señor. Él me abrió diciendo que también lo había oído. En eso llegaron otros vecinos, y en vista de que el 128 no contestaba, la encargada los llamó a todos.

— ¿Gauguin no estaba en la habitación?

— No, señor. Él me abrió diciendo que también lo había oído. En eso llegaron otros vecinos, y en vista de que el 128 no contestaba, la encargada los llamó a todos.

— ¿Gauguin no estaba en la habitación?

— No, señor. Él me abrió diciendo que también lo había oído. En eso llegaron otros vecinos, y en vista de que el 128 no contestaba, la encargada los llamó a todos.

— ¿Gauguin no estaba en la habitación?

— No, señor. Él me abrió diciendo que también lo había oído. En eso llegaron otros vecinos, y en vista de que el 128 no contestaba, la encargada los llamó a todos.

na en las palabras del meritorio, pero ya estaba acostumbrado a las fantasías de su excéntrica imaginación, así que no le hizo mayor caso.

Pero a los tres días recibí una comunicación del doctor Cloud.

— Inspector — decía — por qué me ha hecho un análisis minucioso, no he podido hallar rastros de la deflagración de la pólvora, que necesariamente debe haberse producido en un disparo a quemarropa. No me explico como es posible.

La nota seguía insistiendo en que me parecía raro pero que sin embargo había "que estudiar ante la evidencia" y otros lugares comunes por el estilo.

Yo no le terminé, porque aquello empezó a preocuparme.

— ¿Habrá visto Fernández algo que no me hubiese comunicado?

— Estos meritorios no dejan bajar a los demás por lo que se están pasando de vivos.

— ¿Cómo podría haber sido un crimen? Pensé en las palabras de Fernández: "En las condiciones de un suicidio, porque si fuera un crimen, cualquier cosa averiguaría."

— ¿Porque, en verdad, faltan los elementos, los punales, podemos decir, para señalar la intención del crimen. ¿Cuál es el móvil? ¿Cómo se ha hecho el crimen? Decidí ir de inmediato a la vivienda Tardif y realizar otra inspección. Me convenía en caso de que fuera un crimen — dar por sentado el suicidio y disminuir estas últimas investigaciones como tentativas erróneas.

— ¿Inspección — me dijo — la víctima estaba leyendo cuando se suicidó. Aquí está el libro, en la página que estaba abierta.

— ¿Le André Gide — aseguraba el aventurero Gauguin.

— No — dijo la mujerita — en un libro que yo le presté: "Los delis" de Charles Nor-

mann.

— ¿El más allá? — me tranquilizó al oír Fernández. — Es una obra de ciencias de metafísica o algo así.

— Esto acabo por disipar todas mis dudas. No me parecía nada increíble, contrariamente a la opinión de la señorita Inés (la vecina del 130) — que Verrás se hubiera suicidado. Era un caso sencillo: un individuo influenciable, provisto de la curiosidad del más allá, y demasiado impaciente. En resumen, un asunto concluido.

Cualquiera de ustedes hubiera pensado lo mismo. Recordaba: la habitación cerrada con llave por dentro, la ventana abierta, pero inaccesible, el arma que correspondía al disparo, la literatura fúnebre de la víctima y las declaraciones de los testigos.

— ¿Y más cómodo me dijo en aquel entonces Fernández: — creer en un suicidio, porque el arma, cualquier arma, cualquiera que fuera, me parecía ser de Verrás.

— ¿Señorita Inés — empujó — Le ruego ponga la mayor atención en sus respuestas, pues lo que me interesa es que sea algo muy importante.

— Me dirigí al cuarto de la señorita Inés. Salí ella a recibirme.

— ¿Señorita — le dije — no se podría hacer una pregunta?

— ¿Puede atenderme un minuto?

— Me pareció que la joven se había turbado ligeramente. ¿O sería que me estaba haciendo una suplica? La señorita Inés me invitó a pasar a su departamento.

— ¿Puede atenderme un minuto?

— Me pareció que la joven se había turbado ligeramente. ¿O sería que me estaba haciendo una suplica? La señorita Inés me invitó a pasar a su departamento.

— ¿Puede atenderme un minuto?

— Me pareció que la joven se había turbado ligeramente. ¿O sería que me estaba haciendo una suplica? La señorita Inés me invitó a pasar a su departamento.

— ¿Puede atenderme un minuto?

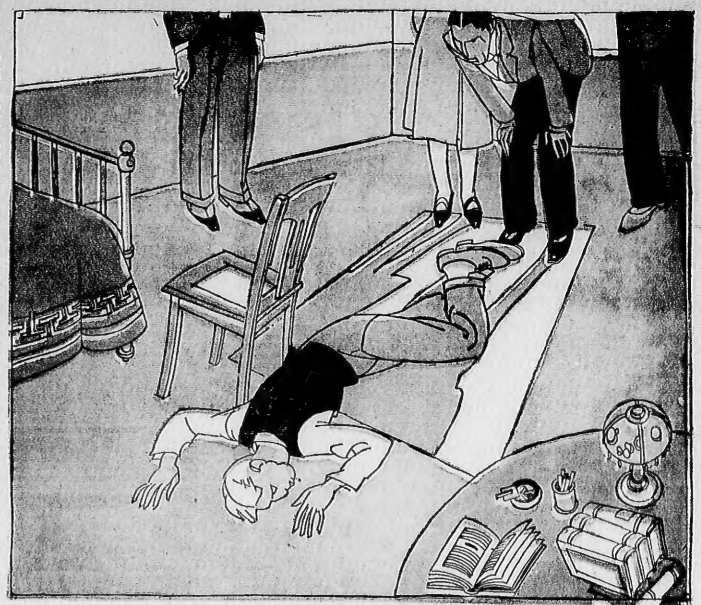
— Me pareció que la joven se había turbado ligeramente. ¿O sería que me estaba haciendo una suplica? La señorita Inés me invitó a pasar a su departamento.

— ¿Puede atenderme un minuto?

— Me pareció que la joven se había turbado ligeramente. ¿O sería que me estaba haciendo una suplica? La señorita Inés me invitó a pasar a su departamento.

— ¿Puede atenderme un minuto?

— Me pareció que la joven se había turbado ligeramente. ¿O sería que me estaba haciendo una suplica? La señorita Inés me invitó a pasar a su departamento.



Y las impresiones digitales se porras han tenido producción de borrallas. Por eso aunque que era un crimen y un suicidio, antes de que el doctor Cloud descubriera lo de la deflagración.

— ¿Y qué ha sucedido en último de esto?

— Fernández adoptó un aire de suficiencia.

— ¿Y usted encontró nada?

— Y usted la habitación de Gauguin.

— ¿Y usted la habitación de Verrás?

— ¿Y usted la habitación de Verrás?

— ¿Y usted la habitación de Verrás?

— ¿Y usted la habitación de Verrás?

— ¿Y usted la habitación de Verrás?

— ¿Y usted la habitación de Verrás?

— ¿Y usted la habitación de Verrás?

— ¿Y usted la habitación de Verrás?

— ¿Y usted la habitación de Verrás?

— ¿Y usted la habitación de Verrás?

— ¿Y usted la habitación de Verrás?

— ¿Y usted la habitación de Verrás?

— ¿Y usted la habitación de Verrás?

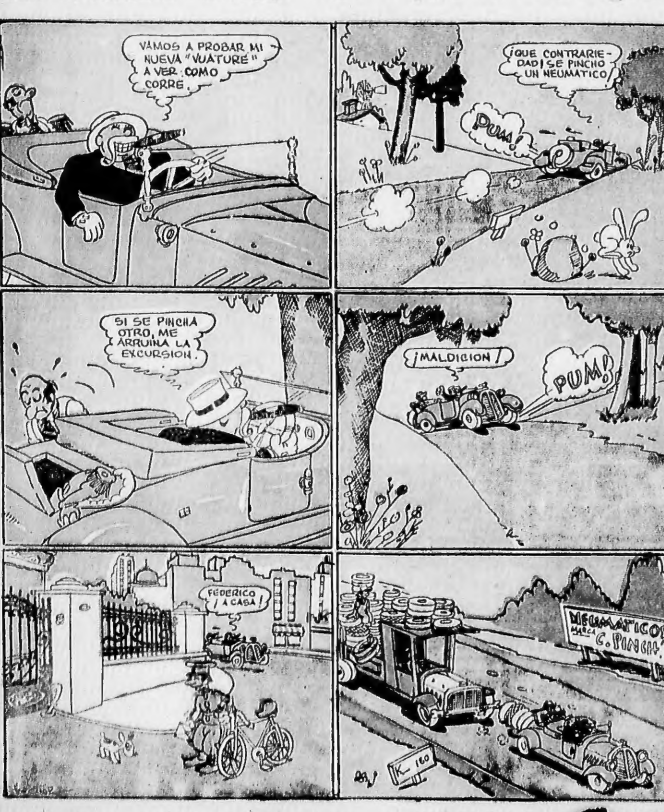
— ¿Y usted la habitación de Verrás?

— ¿Y usted la habitación de Verrás?

— ¿Y usted la habitación de Verrás?

— ¿Y usted la habitación de Verrás?

## El Nuevo Rico por H. Rodriguez



En mi oficina encuentro a Fernández, que me trae una nota a miquino. Me saludo apocóriticamente y siguió en su trabajo sin preguntarme nada. Y usted, Fernández, ¿qué piensa criminal? — dijo, encendiendo la última palmeta.

# LOS SECRETO DE LOS

OS diplomáticos "manu-  
teus" de Ginebra, se  
han puesto a trabajar  
con mucha habilidad.  
Los viejos agentes se-  
cres profesionales de  
las embajadas, que entre parén-  
tesis, no trabajan mucho tan-  
po en el pasado, se han apro-  
vechado de este para trabajar  
mucha más. En resumen,  
los verdaderos diplomáticos,  
de nuevo orden, de una "vie-  
ja" a una nueva, han sido  
para ser una clase de hombres  
completos, los agentes se-  
cres internacionales.  
Nada más natural. La S. D. N.  
no puede prevenir un conflicto  
armado, pero, cómo po-  
dría tener las habilidades en  
cruz? La boca de los cañones  
no se tapa con el aliento de las  
buenas palabras. El verdadero  
fin de la actual política mun-  
dial capitalista, entonces, es poner  
al Aréopago ginebrino frente  
a un hecho realzado.

Para este fin que tra-  
ban los susodichos agentes se-  
cres internacionales, esos "in-  
cargados de negocios" audaces  
e irresponsables que suplantan  
—me temo que para el interés  
de nuestra planeta— a los "en-  
cargados de negocios" reser-  
vados y consiguientemente, a esos  
falsos prehistóricos con plumas de  
avestruz. Y no son los ejemplos  
los que carecen.

PROXIMO ORIENTE: Des-  
pués de las declaraciones hechas  
en plena Cámara de los Comu-  
nes, los vendedores de municio-  
nes inglesas han desempeñado  
un rol muy importante en el  
desencadenamiento de la últi-  
ma guerra griego-turca. Costó-  
cién mil muertos.

EXTREMO ORIENTE: Chi-  
nos y japoneses siguen desfilan-  
do, alagadamente. Ahora, el  
hace bastante tiempo que  
hacen correderas han llevado  
cápsulas de provisiones de guerra  
en buena y debida forma a la  
"Vickers-Armstrong" inglesa y  
a la "Hutchinson" japonesa.  
(¿Quizás publiquemos algún día  
estas documentadas pruebas de  
la capitulación). Pese a ello:  
Una guerra del Pacífico.

AMERICA DEL SUR: Se  
está preparando la invasión  
de los desiertos del Chaco y  
de Tacana y Arica. Bolivia, Pa-  
raí, Perú, y Colombia se  
agarran por los pelos. Esto de-  
significa que la "Roya" y la  
"Standard Oil" siguen ven-  
diendo sus pequeñas querrelas.

ALEMANIA: Aquí llegamos  
a unos descubrimientos que  
son. ¿Quién ha remitido a Hil-  
ler sus primeros fondos de pro-  
paganda, cuando desconocido y  
necesitado, preparaba el Putsch  
de Munich? Este alguien era  
el capitán inglés Vivian Strander  
del "Intelligence Service", con-  
denado por espionaje en detrimento  
de Francia. Esto sucede en 1925.

En 1922, los hitlerianos pre-  
paran la presa del poder. Trans-  
fieren su cuartel general a  
Dantzig. Amenazas de guerra  
en contra de Polonia, legiti-  
mas, por una serie de despachos  
tendenciosos enviados a la pre-  
sa brillante. El autor de estos  
despachos no es otro que el  
agente inglés Vivian Strander.  
En 1923 Ensayado de haber lle-  
gado a ser cauchiller, Hitler se  
decide revelar al mundo sus per-  
sonales secretos. ¿A quién se  
dirige? Al "coronel inglés" El-  
berton, un "oficial superior po-  
litista" del cual tendemos que  
estudiar el rol desempeñado, un  
día de estos.

Los agentes secretos anglosa-  
sones no han dejado nunca de  
rodar al jefe del super-nacio-  
nismo alemán. ¿A qué no po-  
dría conducir una tal "diplo-  
macía" sino a una nueva car-  
nería mundial? Vamos a exa-  
minar ahora la manera con la  
que los diplomáticos ocultos de  
postiguera se han interesado  
en las cuestiones rusas. Se po-  
dría escribir una biblioteca en-  
tira de novelas sobre esta ba-  
talla oculta y furiosa que sepa-  
ra a uno, desde 1917, a los  
agentes secretos ingleses, bol-  
cheviques, y los agentes se-  
cres, no conformados con  
una simple espionaje cronoló-  
gico.

Pensad también que esta tra-  
yectoria subterránea ha sido de  
vez en cuando a la luz del sol  
de la forma de hechos bastante  
claros o extraños como por ejemplo  
el secuestro del general  
Kutepoff. ¿Por qué? El  
mismo asesinato del presidente  
Dumér.

En la División III B. (central  
del espionaje alemán), el cen-  
tro de la cual Sidney George Reilly  
ha sido, por el contrario, hijo  
de un comerciante luso irlan-  
dés y de una rusa.

En 1900, Sidney George Reilly,  
dirige un comercio de su-  
dadera en la península de Sal-  
vador. Es probable que el hijo  
duya ya muchos millones al Ja-  
pón, en sus estancias al lado de  
Inglaterra.

Sigue a este varias misiones  
comerciales al Japón.  
En 1914 hallamos a Reilly en  
la Polonia rusa donde reside  
desde hace varios años. Pienso  
de un deporte sus en embrión,  
instalaba varios lazos de aviación  
por cuenta del gobierno ruso.  
Mosú y Londres están en el  
momento en buenas relaciones.

Sobrecarga la guerra. Este  
hombre extraño en oficialmente  
ciudadano inglés.  
En los archivos del "Intelli-  
gence Service" figura como ca-  
pitán. Sin duda alguna ha de  
haber llevado consigo que tra-  
baja para esa institución, para  
el cual está matriculado los  
agentes secretos (es "fira" (el  
primero). Burócrata del censo  
espionaje, el capitán lleva a ca-  
pi de Alemania misiones peli-  
grosas.

Parce que haya llegado a  
identificar a los oficiales del es-  
pionaje alemán que, en 1917,  
sirvieron de "hombres" a la  
revolución bolchevique. Coman-  
dantes Lübert, von Boehlke,  
H y Y y Z, y Z, y Z, y Z, y Z,  
Hartig, etc., etc.

Desde el triunfo del bolchevismo  
en el extranjero y Moscú  
contra la nueva dinastía del  
Imperio ruso en las cuales re-  
travó, no solamente a los po-  
tentes enemigos del capital mun-  
dial, sino también los que  
los diplomáticos ocultos de  
postiguera se han interesado  
en las cuestiones rusas. Se po-  
dría escribir una biblioteca en-  
tira de novelas sobre esta ba-  
talla oculta y furiosa que sepa-  
ra a uno, desde 1917, a los  
agentes secretos ingleses, bol-  
cheviques, y los agentes se-  
cres, no conformados con  
una simple espionaje cronoló-  
gico.

U. S. Espionaje inter-  
nacional. — Sus  
palabras a mano-  
bra. — El misterio  
de la "Cheka".  
Sus conparaciones  
en Rusia. — Tres  
condenados a  
muerte. — El  
secuestro de  
Kutepoff. — Su  
conexión con un  
barragán alemán.  
— Muertes del hecho  
— Detalles sospe-  
chosos de la in-  
vestigación.

to. Condenado a muerte por con-  
taminación, llega a ser, bajo un  
falso nombre, alto funcionario so-  
vietico en las "bureaux" de la  
Y. Z. I. K. que es el centro vi-  
tal de la joven Rusia soviética.  
Sin duda, en esa época  
conoció al maravilloso Dr.  
Luff, viejo jefe de instrucción  
zarista, que llegó después a su-  
per de instrucción de la "Cheka".  
Cualquier, empero, de conspira-  
ción.

El "funcionario bolchevique"  
Sidney George Reilly, trabaja  
en combinación con otro per-  
sonaje de leyenda, Sir Paul Lu-  
cke, jefe supremo del espionaje  
inglés en Rusia, con Bruce  
Lockhart, jefe de la "Cheka",  
y con el comandante Er-  
nest P. Boyd, comandante "gen-  
eral" de los cables rusa que  
encarna al prototipo del perfec-  
to oficial "chequista".

Entre sus agentes figura un  
extrano individuo, de apellido  
ruso-larso, que por mucho  
fuerza encarna al capitán y que  
se actualiza en la guerra civil  
viva intriga entre los petro-  
leros americanos y los dirigien-  
tes comunistas.

Esta R. L. S., por otra  
parte, no desempeña más que un  
rol de "hombre de paja". Los  
mos es sólo para demostrar  
que intereses gigantescos se en-  
cuentran detrás de estas historias  
de espionaje.

Imanes a continuación el  
hombre de leyenda de Salva-  
dor George Reilly, en Lenin-  
grado y en Moscú, hasta 1924.  
Organiza la conspiración de  
los leones. Promete la "supre-  
sión" de Trotsky. Facilita a  
Boris Savinkov, ex ministro de  
Guerra de Kerensky, el plan y  
los medios de acción del vasto  
complot antibolchevique con-  
ducido bajo el nombre de "organi-  
zaciones verdas".

La Cheka no ha dejado nunca  
de perseguirlo: Es por tres  
veces condenado a muerte en  
continuación. Nada esto im-  
pide que el continúa sus vaivenes;  
sale de Rusia y vuelve a viajar  
con una entera y sagacidad  
prodigiosa.

No serviría como experto de  
los negocios rusos en medio de  
la delegación inglesa a la Con-  
ferencia de la Paz.  
La última vez que logró eva-  
dir del paraiso comunista,  
en 1924, el capitán llevaba un  
documento que se hizo famoso ha-  
ciendo el nombre de "Carta Zino-  
vich". Esta carta, que al-  
gunos dicen que era una  
prova de la caída del primer ga-  
binete bolchevique y la repura  
entre Inglaterra y los Soviets.

Durante algún tiempo, Sal-  
vador George Reilly, al lado de  
la italiana antibolchevique desde el  
exterior. Epitafio.

le. — EL "APPAIRE" BORIS  
SAVINKOV.

Socialista revolucionario, ex-  
ganista, en los tiempos del  
zár, de los asesinos atentados  
que miraron los mismos re-  
sultados de la autocracia, mini-  
stro de Guerra. Kerensky, luego,  
aliado del general en su lucha  
contra los bolcheviques, y or-  
ganizador de los "sabores ver-  
des" (tropas anticomunistas  
después pocas más interesan).

El empresario de seguros ma-  
ritimos (Ghesen (ex agente  
de la Guardia Imperial rusa), el  
ingeniero Jarmachef, el  
empleado Gueorgui el viejo ofi-  
cial. Tschernich y una seño-  
rita, Maria Schuch.

En el exterior se buscará re-  
fugio en los países de la  
emigración. El jefe de esta  
organización es el último  
comandante de las divisiones  
blancas de Crimea, y re-  
cora el general Wrangel, el  
general Kutepoff.

El alma de esta empresa no  
puede ser más que el capitán  
Sidney George Reilly, veterano  
del antibolchevismo y as de  
las luchas secretas.

Una noche de septiembre de  
1925, el capitán Sidney George  
Reilly, en una carta a su  
última vez en la Rusia  
roja. ¿Por qué? En esta  
carta se pregunta a la cual no se  
conteste. Parece que lleva a cabo  
una peligrosa misión que  
necesita en contacto con un alto  
dignatario bolchevique al que  
habían logrado alistar a la  
conspiración.

Desde entonces ningún testi-  
go al cual pueda prestar fe  
ha vuelto a ver en la Europa  
capitalista a este personaje ex-  
traordinario. (Ella misma).

Los diarios oficiales del bol-  
chevismo mencionan que el 24  
de noviembre de 1925, una pa-

trulla de guardias rojas había  
sorprendido a unos contrabun-  
distas que intentaban pasar de  
Rusia a Finlandia cerca de la  
aldea de Alkai. Hubo tiroteo.  
En medio de los muer-  
tos se habría encontrado el  
cuerpo del "capitán inglés" Sid-  
ney George Reilly. ¿Está pri-  
vado de vida?

Un ex funcionario soviético,  
ingenero Vladimir Brumovsky,  
encarcelado en 1926 en la prisión  
de Koutyevsk — en Moscú —  
luego aprehendido en Leningrad,  
ha declarado bajo juramento  
que en la cárcel había entablado  
relación con otro prisionero.

Este prisionero, sometido a  
un régimen especial, sería el ca-  
pitán Sidney George Reilly, que  
los bolcheviques daban por  
muerto desde hacía un año. Hay  
que agregar que el ingeniero  
Brumovsky apoyaba sus rita-  
los con datos que sólo el jefe  
directivo de Sidney o el mismo  
capitán habían podido conocer.

Ultimo tema de comuna:  
Había un simple título de infor-  
mación: Desde Lord Kitchener  
hasta Sir Kreuger siempre se  
encontraban algunos espías do-  
ctos de los servicios que tratan  
de "renunciar" a los desapa-  
recidos de alguna importancia.  
Es como algunos diarios han pu-  
blicado la noticia de que el ca-  
pitán Sidney George Reilly  
estaría en China organizando  
los ejércitos rojos. Reciente-  
mente un diario ruso — del cual  
me guardaría bien de poner en  
duda la veracidad — ha publi-  
cado artículos, muy interesantes  
en el conjunto, pero en lo refe-  
rente a este punto especial.  
Y. Matfetti, famoso animador  
de la propaganda, ha escrito  
al autor de esos artículos al-  
gunos días después de haber  
cruzado la frontera rusa los dos  
hombres son detenidos por la  
Cheka de Kiew.

El jefe de los "verdes" po-  
dría ser un "espionaje falso" de la  
fabricación italiana. Este pequeño  
detalle es suficiente para caracte-  
rizar a la complot. Sería lógico  
acompañarlo por su secretario  
"discreto" de la "Cheka".

Algunos días después de haber  
cruzado la frontera rusa los dos  
hombres son detenidos por la  
Cheka de Kiew.  
Juzgado por el Tribunal Su-  
premo Revolucionario, Boris Sa-  
vinkov es condenado a muerte por  
traición. Se convierte al bol-  
chevismo y reniega de sus com-  
pañeros (el es que no los docu-  
menta). Se le condena a un sín-  
gulo "Y. Boyd" (comandante "gen-  
eral" de los cables rusa que  
encarna al prototipo del perfec-  
to oficial "chequista").

Encerrado en la cárcel de Lou-  
hanka, Boris Savinkov — el  
"hombre de paja" de la "Cheka"  
— muere de una venenación y  
"Y. Boyd" es el único que se  
salva. Las autoridades  
llegan, naturalmente, a la con-  
clusión de que se ha metido  
"Inventual" fue asesinado. "Y. Boyd"  
se actualiza en la guerra civil  
viva intriga entre los petro-  
leros americanos y los dirigien-  
tes comunistas.

Esta segunda conspiración de  
los "verdes" (la primera data  
desde 1918-19) termina en un  
horrible "vaudeville".  
Desconocido, tocado en plu-  
ma, el capitán Sidney George Reilly  
había para los Estados Unidos.  
Desde 1918-19 termina en un  
horrible "vaudeville".

Desconocido, tocado en plu-  
ma, el capitán Sidney George Reilly  
había para los Estados Unidos.  
Desde 1918-19 termina en un  
horrible "vaudeville".

Desconocido, tocado en plu-  
ma, el capitán Sidney George Reilly  
había para los Estados Unidos.  
Desde 1918-19 termina en un  
horrible "vaudeville".

Desconocido, tocado en plu-  
ma, el capitán Sidney George Reilly  
había para los Estados Unidos.  
Desde 1918-19 termina en un  
horrible "vaudeville".

Desconocido, tocado en plu-  
ma, el capitán Sidney George Reilly  
había para los Estados Unidos.  
Desde 1918-19 termina en un  
horrible "vaudeville".

Desconocido, tocado en plu-  
ma, el capitán Sidney George Reilly  
había para los Estados Unidos.  
Desde 1918-19 termina en un  
horrible "vaudeville".

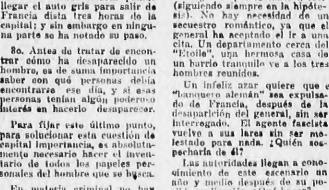
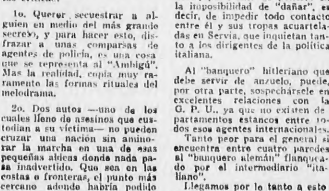
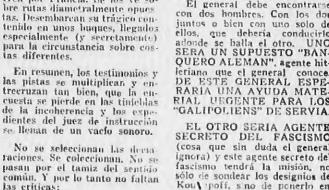
Desconocido, tocado en plu-  
ma, el capitán Sidney George Reilly  
había para los Estados Unidos.  
Desde 1918-19 termina en un  
horrible "vaudeville".

Desconocido, tocado en plu-  
ma, el capitán Sidney George Reilly  
había para los Estados Unidos.  
Desde 1918-19 termina en un  
horrible "vaudeville".

Desconocido, tocado en plu-  
ma, el capitán Sidney George Reilly  
había para los Estados Unidos.  
Desde 1918-19 termina en un  
horrible "vaudeville".

Desconocido, tocado en plu-  
ma, el capitán Sidney George Reilly  
había para los Estados Unidos.  
Desde 1918-19 termina en un  
horrible "vaudeville".

Desconocido, tocado en plu-  
ma, el capitán Sidney George Reilly  
había para los Estados Unidos.  
Desde 1918-19 termina en un  
horrible "vaudeville".



# La Obsesión de Rosina

POR RICARDO M. SETARO

ILUSTRACION DE PARACANOLI



hasta el mediodía, alternando con la vida de los escapados de las flamberrías, la pesada atmósfera olorosa de las veredas de las panaderías y las mesas tendidas y las fuentes humeantes de los restaurantes.

El sol, cayendo verticalmente sobre las calzadas y el asfalto resacaenado de las calles, anunciaba la meditación del día. El tráfico se intensificaba con la salida de los empleados y las obreras de las tiendas y la atmósfera se hacía más sofocante, irrespirable.

**V**OY a contarles la historia de Rosina Eldorado, la muchacha que se mudó para venir. Ella no se llama en realidad Rosina Eldorado, pero no puedo nombrarla de otro modo: está en la cárcel y esta historia, lejos de atormentarla, le da un recuerdo de su infancia, la de servirle tal vez de estímulo para soportar su pena al saber que alguien ha comenzado su drama.

Alrededor de una muchacha cuando se casó. Creo que tenía entonces diecisiete años, y su matrimonio fue desdichado, sin belleza. Llegó a ser mujer antes de que la vida le proporcionara los elementos para ser una perversa en el amor. No conocía las formas retorcidas de la sexualidad de las mujeres extranjeras en el andar de los novatuzos y de los filitres audaces, y él no tenía la experiencia de las mujeres pueras. El choque fue así violento, irremediable, y se divorciaron.

Al poco tiempo eran dos extrínsecos. El agrio pletico los distanció aún más y sus vidas se perdieron en la ciudad, desprecupido el de la suerte de ella, indolente en tanto la vida, sola en su penitencia, sin dinero, con la amistad íntima de un muchacho estudiante, único amigo restante de su nacida familia.

Cuando ocurrió lo que voy a contar, hacía ya muchísimo tiempo que ella buscaba trabajo. Tenía agotado el crédito de los amigos, de quienes había dejado poco a poco a medida que sus pedidos de ayuda resultaban visiblemente molestos o provocaban las torpes insinuaciones y las lúbricas intromisiones, y la vida exterior había sufrido el más rudo golpe por su propio fin — por la vida materna — y ella, entregada maliciosamente las señas de un departamento, cuando ella le solicitó en préstamo una modesta suma de dinero. El parlante le había dicho, con gesto obscuro: «Te espero esta tarde a las cuatro. Si vas tendrás todo lo que quieras».

No fue la cita, y este día se cumplió, por primera vez en su vida, veinticuatro horas sin probar alimentos. Anduvo toda la mañana recorriendo las oficinas de los amantados que pedían empleos en la sección de asuntos económicos de los diestros, y su furor en las solicitudes de trabajo fue,

Rosina Eldorado había caminado toda la mañana, no tenía un solo céntavo y al cansancio general de su cuerpo se unía la temperatura ambiente y un difuso dolor que le retorcía el estómago, provocándole una depresión tan grande que le enturbaba los pensamientos y hacía que se le antojara incesantemente la sombra de las solitarias habitaciones de su departamento, ubicado tan sólo a unos centímetros de metros del lugar donde se encontraba.

Pero tenía la esperanza de que, al llegar a su casa, encontrarla en ella, esperando, a Pedro, el estudiante. Era el único amigo que continuaba siéndole fiel en su miseria y en su soledad. Y apuró el paso intuitivamente, esperando que Pedro hubiese conseguido algo de dinero, algo para comer. Poco después traspasaba la puerta de la casa de departamento donde habitaba.

El portero estaba esperándola. Cuando la vio llegar se le acercó y sin cumplir siquiera por rutina con la cortesía del saludo, le entregó una carta. «Es el último aviso», le dijo.

Rosina sabía que de un momento a otro sería desahuciada. Adeudaba varios meses de alquiler y solamente la dilación de los trámites judiciales permitía que aún continuara viviendo allí.

«Si, ya sé», dijo, inconscientemente, y se dirigió hacia el ascensor, pensando en la idea de comer. Oprimió el botón correspondiente al séptimo piso y el aparato empezó a subir.

Rosina se había quitado el sombrero, que oprimió en su mano, y el pasador por los pisos, que oprimió con un dedo, determinó por el hecho material de traspasar etapas.

de edificación, se revelaba a su conocimiento por las diferencias de los aromas y olores que exhalaban las cocinas, que la pérdida del equilibrio no había logrado en aquella casa encerrada en la intimidad de cada hogar. Llegó así a la puerta de su departamento, en cuyo interior esperaba que estuviera Pedro, aguardándola con algo para comer. Pero el estudiante no estaba allí.

Después de unos instantes de vacilación, en que todas las esperanzas que había acumulado en los últimos tramos del camino a su casa se desmoronaron como se desmoronó el prestigio de los políticos cuando llegan al poder, se dirigió maliciosamente hacia la cocina y realizó allí una repetida búsqueda de los últimos días, en que el hambre parecía aún mayor al observar las fuentes vacías, los recipientes exhaustos y hasta el residuo de los platos sólo ocupado por papeles sucios y latas de conservas baratas.

Estuvo un momento, casi sin conocimiento. Luego sus pensamientos fueron ordenados en un solo deseo, acelerándose. Conocía y desechaba formas para hacerse de alimentos: se decía a llamar a un amigo, cualquier amigo, para pedirle ayuda.

que habían sido su único alimento desde hacía algún tiempo.

Aquel violento contacto con la realidad pareció servir para que resultaran de pronto, uniéndose, su cansancio, su hambre y el dolor cada vez más intenso de su estómago y la incomodidad de las ropas, empujadas en el acre sudor producido por la larga peregrinación de la mañana.

Rosina fue hasta su dormitorio, arrojó sobre una silla su cartera y el sombrero, que se había sacado al subir en el ascensor, dejó caer el alfiler de su bolso, que se le cayó al suelo, y se desplomó sobre el lecho, aniquilada física y moralmente.

Al estar un momento, casi sin conocimiento. Luego sus pensamientos fueron ordenados en un solo deseo, acelerándose. Conocía y desechaba formas para hacerse de alimentos: se decía a llamar a un amigo, cualquier amigo, para pedirle ayuda.

Estuvo un momento, casi sin conocimiento. Luego sus pensamientos fueron ordenados en un solo deseo, acelerándose. Conocía y desechaba formas para hacerse de alimentos: se decía a llamar a un amigo, cualquier amigo, para pedirle ayuda.

dirle que la invitara a almorzar, pero repataba mentalmente los nombres de aquellos y el recuerdo de las negativas, las insinuaciones y los insultos iba borrando uno a uno, vencida su esperanza por el amor propio o la repugnancia.

Recordó luego que algunas personas resuelven casos análogos hablandole claro al dueño de un restaurante. En ese momento sonó la campanilla del timbre. Tuvo un sobresalto, pensando en los rostros hostiles de los proveedores, que desde hacía muchos días reclamaban indolentemente el pago de sus últimas compras, pero la repetición sistemática de las llamadas, señal convenida con el estudiante, le proporcionó la alegría, llena de esperanzas, de la anticipación de la llegada de su amigo.

El estudiante entró sonriendo. Apenas saludó y se dejó caer sobre un sofá. «¿Conseguiste trabajo?», preguntó, mirando alrededor de la habitación con indiferencia afectada. Luego agregó: «¿Ami me fué mal. Comi en la pensión, pero no pude traerle nada».

Rosina se quedó junto a la puerta, que acababa de cerrar, mirándolo fijamente. Luego, haciendo un gesto que sintetizaba su definitiva resignación, fue a sentarse junto al sofá donde el estudiante estaba.

«No hay trabajo para mí, dijo Rosina. Si me hubieran enseñado a hacer algo...».

Estaba con el rostro apoyado en un punto de la pared, del otro lado de la habitación. «¿Qué pasó?», dijo. Había hablado maliciosamente y pensaba en el momento en que el dueño de una oficina llevó a su barba la mano velluda, cuando ella le dijo: «No sé hacer nada, pero sea bueno, déme trabajo». Después le contó al estudiante lo que había ocurrido.



Rosina seguía sentada a su lado, en la misma posición. Las palabras del estudiante le producían, al escucharlas, como movimientos reflejos en su boca y en su garganta. Mientras sus glándulas segregaban abundante saliva y el dolor difuso del estómago se concretaba en agudos retorcimientos.

## El Perro del Asesino y del Perro

rechizó los dientes, se iluminó su mirada y de un gran salto se lanzó hacia la garganta de su rival, el que a duras penas pudo librarse de sus colmillos, con la ayuda de los demás correaños.

En lo sucesivo, cada vez que el mastín advertía la presencia del mastín de su dueño, en tanto que en furia súbita y se abalanzaba sobre el caballero, que por estas circunstancias vino a ser asqueado.

Unos días por el rey los correaños y balabuleros de la corte, por este motivo, decidieron que la demanda del perro y la negativa del caballero se terminaran en campo cerrado: por este motivo, los dos días correaños, el campo, que era un espacio circular de unos veinte metros de diámetro, rodeado por una

barraza, mirándose gradas y un palco destinado a los nobles por el rey y la corte.

Las condiciones del combate fueron las siguientes: El caballero estaría armado de un escudo y un bastón; el mastín, desarmado de un toral desfondado, escolado horizontalmente, donde podría guarecerse en caso de verse en apuros.

Llegado el día del combate el rey Carlos V, acompañado del Hércules, los príncipes Luis de Anjou, Felipe de Borgoña y Juan de Berry, el mariscal de Francia, el almirante Jean de Vienne, el chambelán Gilles de Nesle, el señor de Beaumont, Bertrand de Guesclun y otros señores ocupó el palco y toda la corte, militares y gentileshombres llenaron las gradaderas que circundaban el campo.

Este largo condado por dos palatinos, quienes, una vez en el terreno, lo saltaron, quedando frente a frente los dos rivales.

No bien hubo iniciado la presencia de Montargis, el perro se lanzó sobre su presa y en el primer acometido el gentileshombre consiguió envolver el ataque de su furioso adversario. El comitad adquirió un gran interés dramático, pues el mastín, no obstante algunos golpes que recibiera, más mayores lejos, pues parecía darse cuenta del significado de la lucha y no quería dejar escapar a su presa.

En el momento en que el mastín se lanzó sobre su presa, el gentileshombre se adelantó, salvando que era un perro vulnerable que aún no se había terminado con su oído rival.

La capacidad del caballero de resistir a los ataques del mastín, terminando con la victoria del perro, que al fin ganó su objetivo, consiguió entregar a su adversario, al que no se soltó hasta que hubo escurrido entre sus dientes y aún entonces tuvo que ser arrastrado al suelo por varios servidores de la corte. El mastín se presentaba algunas magulladuras producidas por los golpes que se desahoraba rival le causaba.

Rosina se había levantado. Tenía la tarjeta en la mano, mirándola fijamente, y caminó como una automata en dirección a la cocina, donde estaba.

«Pedro», llamó al rato desde el adentro. «Ven». El estudiante, como se entendió y se dirigió hacia el lugar donde ella lo llamaba. Abrió la puerta y antes de poner su pie en el suelo, ilargándose a avanzar, dio un grito, levantó los brazos, citándose su conversación sobre la cayendo de espaldas sobre el suelo. Rosina, de pie en el dintel de la puerta, tenía en su mano, estupefacta hasta la vida, un grueso cuchillo de cocina.

«Vos me brindaste la última oportunidad», dijo en voz alta y al mismo tiempo cayó, como deshecho, agotada sus fuerzas por el hambre.

«Yo me acordaba de que el crimen de la calle Alina era de carácter racional y la me en el suelo, ilargándose a avanzar, dio un grito, levantó los brazos, citándose su conversación sobre la cayendo de espaldas sobre el suelo. Rosina, de pie en el dintel de la puerta, tenía en su mano, estupefacta hasta la vida, un grueso cuchillo de cocina.



CRITICA REVISTA MULTICOLOR — Mayor circulación sudamericana — Buenos Aires, mayo 16 de 1944

Una antigua estampa

